

LA PEÑOLA,

SEMANARIO CIENTIFICO Y LITERARIO.

DIRECTOR, DON LEON FARRILLO DE ALBORNÓZ.

PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Trimestre. 9 rs.

FUERA DE LA CAPITAL.

Trimestre. 11 rs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico, calle del Prado, núm. 10, bajo, y en las principales librerías de esta Capital.
 Toda la correspondencia dirigirla a nombre del Administrador DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

SUMARIO = «El Trabajo», por José Fernandez Guillen. = «Crónicas de Madrid», por Jesús Cencillo. = «Los ojos», por Remigio Vega Armentero. = «La Mascarada», (continuacion) por José de Castro y Serrano. = «El Vaticinio», (leyenda histórica) por Tomás Acero y Abad. = «Por una bota», (continuacion) especie de novela por Jacobo Fernandez Brizuela. = Plumadas. = Acertijo. = Charada. = Fuga de consonantes. = Soluciones del número anterior.

EL TRABAJO.

El trabajo es la base regularizadora de la sociedad.

Como ella, tiene su origen, sus divisiones y sus resultados prácticos, útiles siempre al hombre en primer término y á la sociedad despues; pudiendo asegurarse que así como esta no se formaria sin la existencia del individuo, ni la una ni el otro existirian tampoco sin el trabajo, que es, en una palabra, la ley de la humanidad.

Su origen es tan antiguo como ella.

«Con el sudor de tu rostro vivirás.» dijo Dios al primer hombre, y este precepto como todos los emanados de su omnipotencia divina, tiene imprescindible cumplimiento, y se cumple y cumplirá mientras el mundo exista.

Considerado bajo el punto de vista que se quiera, proporciona grandes satisfacciones, no pocos goces y casi siempre un bienestar y una tranquilidad de conciencia para el que sometándose á su influjo, fiel y constantemente le observa.

El trabajo es el resultado práctico de poner en movimiento, no solo nuestras fuerzas físicas, sino que tambien nuestras facultades intelectuales ó bien unas y otras, marchando de consuno á la consecucion del fin individual y social. En este concepto, ó lo que es igual, por estar el hombre compuesto de un cuerpo y un alma, es por lo que el trabajo tiene un doble carácter, de *físico* é *intelectual*; le tiene físico porque por más elevado que

aquel sea, tiene siempre su parte material: y espiritual ó racional, porque no se concibe ningun trabajo, ni aun el mas grosero, en el cual el hombre no ejercite su inteligencia.

Desde el esclavo, que en relacion al trabajo es poco más de una máquina, hasta el sabio que investiga y espone las leyes de la naturaleza del hombre y de la sociedad, desde el simple obrero que ejecuta la más sencilla de las operaciones en un taller mecánico, hasta el director ó empresario que dá impulso ordenado á todos los movimientos, hay una graduacion progresiva en la aplicacion de los grados de inteligencia á la actividad humana.

Dos clases hay de trabajo; *material* uno, é *intelectual* el otro: legítimos los dos por que dan igual dignidad al individuo, con la única y notable diferencia, que las nociones más rudimentarias bastan para ejercer el primero, al paso que para el último se necesita haber adquirido gran número de conocimientos y hasta disponer á veces con mayor capital, lo cual, en ambos casos, legitima la mayor participacion que corresponde á la inteligencia en el trabajo y en sus resultados.

Esta es su gerarquía por decirlo así; gerarquía que tiene aplicacion en todos los ramos de la industria, en todas las múltiples y variadas manifestaciones de la actividad humana; véase en la minería, en la agricultura, en las manufacturas, en el comercio, y se verá que en todas ellas hay diversas personas ocupando una distinta gerarquía en el trabajo, proporcionada siempre á sus actitudes, que llegan á adquirirse por la constancia, la aplicacion y el estudio.

Colocado el individuo en semejantes disposiciones y adornado de la fè, estudia y se afana por acumular mayor suma de conocimientos, consiguiendo despues de adquiridos, elevarse sobre los demás; consecuencias que jamás alcanza el que, por el contrario, carece de estudios y desprecia la aplicacion, permaneciendo en la indolencia y en la

ociosidad, origen de todos los vicios, engendro de todos los crímenes.

Por esta razón el hombre, en la mayor parte de las veces, debe culparse á sí mismo y no á otras causas la suerte más ó menos fatal que le acompaña, toda vez que es un sér inteligente y le falta solo la suficiente fuerza de voluntad para superar el escabroso camino de la ciencia, que si bien es verdad, es siempre áspero y desagradable al principio, lo es dulce y placentero cuando resueltos sus áridos problemas, se halla en la grata posesión de la verdad. Es placentero ó halagüeño por la satisfacción de goces morales y materiales que proporciona á la vez.

También el trabajo, no solo se le considera, sinó que es en realidad la fuente de la riqueza pública y privada; la naturaleza, ese inmenso taller de la actividad humana, es espléndida de por sí, pero exige que el hombre imprima en ella su huella, que ejercite sus fuerzas musculares, que ponga en acción las intelectuales y entonces de espontánea se vuelve pródiga, pero prodigalidad que ofrece á manos llenas, devolviendo ciento por uno en justa recompensa.

El minero saca metales preciosos y variados del centro de la tierra: el labrador recoge anualmente las innumerables y diversas semillas que en tiempo oportuno arrojó en ella: el fabricante, aprovechándose de las materias que estos le proporcionan, conviértelas en diferentes, y hasta caprichosos objetos; y el comerciante, finalmente, se encarga de ponerlos al alcance de sus conciudadanos.

Ahora bien; ¿obtienen estos resultados permaneciendo en la inercia, dejando á sí misma á la tierra los primeros, y abandonando los productos y manufacturas los segundos?

No, el minero y el labrador horadan y cultivan la tierra con el sudor de su rostro para extraer los ricos metales y hacerla brotar sus deseados frutos: el fabricante combina las máquinas, impregna de copioso sudor también los ejes de sus ruedas, facilitando así la rotación para dar nueva forma á las primeras materias; y el comerciante corre de un punto á otro, de pueblo en pueblo, transportando géneros para acercarlos donde han de consumirse, cumpliendo todos de este modo la ley del trabajo; ley inherente al hombre, y que en su efímera existencia, le conduce paulatinamente á la mayor perfectibilidad posible.

Además, ¿quién duda de la influencia que tiene esta fuerza motriz, instrumento natural, poderoso económicamente considerado, en el desenvolvimiento de las naciones? ¿No podrá equipararse á un barómetro, pues que así como éste mide la presión atmosférica, aquel marca la presión civilizadora de los pueblos?

Indudablemente que sí; toda vez que donde mas aplicación tiene, en las naciones cuyos habitantes son más activos, no solo reina más prosperidad, más riqueza, sinó que aquellas adquieren mayor preponderancia que otros pueblos y sus naturales mayor grado de civilización. Inglaterra, Alemania y Francia, en Europa, y los Estados-

Unidos en América, son una patente prueba de ello, naciones que figuran á la cabeza del progreso y que debido á su laboriosidad, llenan todos los restantes países del globo con sus minerales, productos y confecciones.

Tal es, pues, el trabajo y sus ventajosas consecuencias; sin esta ley de la humanidad, el mundo sería un caos, desaparecería la perfecta y admirable armonía que enlaza á los seres entre sí, y á estos con la sociedad; por consiguiente, faltando el complemento de esta unión, no existiendo el trabajo, perecerían indefectiblemente esa misma sociedad en primer término y sus individuos después.

JOSÉ FERNANDEZ GUILLEN.

CRONICAS MADRILEÑAS.

II.

Sumario —El tiempo.—El Córpus.—Toros.—Risas de beneficencia.—Bibliografía.—Periódicos.—Teatros.—Anécdota.

Madrid 9 de Junio de 1874.

¿Sabes, lector, cuál es el tema obligado sobre el que generalmente suele recaer la conversación cuando se está de visita con personas á quienes todavía no nos ligan estrechos lazos de intimidad? Pues este tema, aunque sé que lo has acertado, en razón á que es mucha tu perspicacia (por lo que está casi demás decírtelo) es el tiempo.

Supongamos, y no es mucho suponer, porque algo de eso hubo, que en la anterior semana se os hizo mi presentación, y que ahora tengo el honor de visitaros por primera vez desde las columnas de LA PEÑOLA, en la seguridad y persuasión de que yo solo he de ser el que haga uso de la palabra. En este supuesto, empezaremos por preludear la *sinfonía* del tiempo, haciendo ver sus efectos, y enseguida pasaremos á ocuparnos de otros varios y diferentes asuntos.

Por fortuna estamos muy distantes de aquellos de *Mari-Castaña*, con tanto gracejo descritos por el malogrado Robert; así que nadie estrañará que las cien trompetas de la fama no hayan pregonado á todos los vientos el *milagro* de que las nubes dejarán libre paso á los rayos solares precisamente en la hora en que debían alumbrar las magnificencias con que en el presente año se ha llevado á cabo la procesión del *Córpus* en esta capital. Si el pueblo católico de Madrid no está contento con el actual municipio, no será porque éste no hace todo lo posible por desagrarle de las faltas de otros años; y exigentes por demás serían las damas cortesanas si no tributáran un voto de gracias á esta corporación por los mil medios y recursos que les proporciona para exhibirse y publicar sus gracias, luciendo sus seductores atractivos.

No fueron los *Toros* tan afortunados como la procesión, puesto que el domingo tuvo que suspenderse la anunciada corrida, á causa de las lluvias que

desde hace algunos días incesantemente nos favorecen. Si estas tuvieran la *amabilidad* de no aturdirnos con sus favores, la empresa y los aficionados á estos espectáculos se lo agradecerían infinito, porque el jueves próximo se verificaría la corrida que se suspendió el domingo.

∴ El pueblo de Madrid está dando muestras de su caridad nunca desmentida. Cuantas corporaciones benéficas hay constituidas, han establecido rifas semanales ó quincenales, cuyos productos se destinan á los fines de sus institutos, como también al socorro de los heridos en campaña.

Así sabe este magnánimo pueblo hermanar el ejercicio de la caridad, con el interés individual.

∴ Si los necesitados están de enhorabuena, no menos lo pueden estar los discípulos del bello arte de Apeles. La exposición permanente, que el señor Bosch acaba de abrir en el edificio de la Platería de Martínez, responde al desarrollo del genio y del gusto artístico nacional, y según el juicio de autoridades en esta materia, es de esperar que consiga su objeto. En obsequio de los lectores de LA PÉÑOLA, prometo visitarla despacio, y ocuparme de ella en otra revista con la extensión debida.

∴ Muchos y de notable mérito son los libros que se han publicado últimamente, por lo que, si de algunos he de ocuparme, con precisión he de ser breve, á causa del poco espacio de que puedo y debo disponer, si mis lectores han de hallar sabrosa lectura en los demás trabajos que en LA PÉÑOLA se inserten.

Pequeños Poemas titulan sus jóvenes autores Ricardo Orgaz y Angel R. Chaves, al librito que acaba de ver la luz pública en la biblioteca «*La España literaria*». Cuatro son las composiciones que contiene, siendo sus títulos: *El problema de la vida*, *La vocación*, *Los tres besos* y *Las dos leyes*. En ellas han querido sus inspirados autores seguir las gloriosas huellas trazadas con tanto éxito por el eminente autor de las *Doloras*, iniciador también en España del género de literatura á que pertenecen los *Pequeños Poemas*. Los Sres. Orgaz y Chaves acreditan con estos primeros ensayos sus felices disposiciones para la poesía lírica. Particularmente los poemas *La vocación* y *Las dos leyes*, con tanta delicadeza escritos, y que tanto se asemejan á los del Sr. Campoamor por sus pensamientos, por sus fines y por su estilo, que á buen seguro no se desdenaría el maestro de suscribir el trabajo de sus discípulos. Tanto es lo que han querido asimilarse al modelo, que en algunos puntos puede decirse que toca en servilismo. Por lo demás, el libro que nos ocupa es muy recomendable, y digno de ser leído por los amantes de la literatura.

No hace mucho también que se ha publicado la segunda edición del libro de *Larmig*, intitulado *Mujeres del Evangelio*, y que vá precedido de un prólogo de D. Gaspar Nuñez de Arce y de algunas consideraciones de D. Pedro D. Montes, acerca del canto *La hija de Jairo*, que ha aumentado su autor al darlas nuevamente á luz. Los siete que comprende constituyen una verdadera joya literaria, que eficazmente recomiendo á mis lectores, en la

seguridad de que me lo agradecerán infinito, después que hayan leído tan valioso libro. No copio algunos fragmentos por no permitirlo el breve espacio de que ya puedo disponer.

Pudiera hablar de otros libros nuevos, pero lo dejo para otro día por idéntica causa.

∴ En punto á publicaciones periódicas, debo hacer especial mención del *Bazar*, revista ilustrada que dirige D. Julio Nombela, y de *El mundo cómico*, semanario humorístico, cuya dirección literaria, está á cargo del joven y reputado escritor Don Ricardo Sepúlveda y del Sr. Pellicer, lo que á la artística concierne. Sus artículos y poesías son tan chispeantes, como intencionadas sus caricaturas.

∴ De teatros no hablaré hasta la próxima revista, porque aún de nada puedo ocuparme. Los *Jardines del Buen retiro* probablemente se abrirán el 15 del actual, y en ellos actuará una escogida compañía de zarzuela.

∴ Y ahora para concluir voy á contaros ya que he hablado del *Bazar* una anécdota que le ha referido á su cronista un militar llegado del Norte.

Un soldado de marina, andaluz por más señas, contaba á sus compañeros cómo había formado Dios el mundo. De este modo pasaban un rato de ocio en el campamento.

—Habeis de saber, muchachos, decía, que Dios, con su inmenso poder, cogió un puñao de barro pa haser el mundo. Ya veis si sería grande.

—Ya lo creo, exclamaban sus camaradas.

—Y náa más; á fuerza de darle vueltas con la mano, hizo una bola que es el mundo.

—Y las islas? preguntó un balear que le escuchaba.

—Las islas... ¡ah! ya... eso... una vez terminada la bola, sacudió Dios los deos pa limpiarse, y los peasos de barro que cayeron en el mar son las islas. Los soldados se quedaron satisfechos, y más aún el *geólogo* de nuevo cuño.

JESÚS CENCILLO

LOS OJOS.

Un gran filósofo ha dicho: «Los ojos son el espejo del alma, el reflejo de las pasiones, el destello de los sentimientos.»

¡Grande verdad!

Una mirada puede espresar un mundo: con una mirada puede decirse todo.

Los ojos son á veces más elocuentes que las más elocuentes palabras.

El emperador Carlos V, con su mirada de águila, llevaba el entusiasmo y fiereza al pecho de sus soldados.

Colon llevaba en sus ojos el Nuevo Mundo.

Napoleon el grande, la victoria.

Felipe II, la venganza y la muerte.

La influencia de una mirada es inmensa.

Neron embriagado por las incitantes miradas de sus lascivas esclavas, se olvidaba de sus matanzas:

su sed inextingible de sangre se aplacaba al sentirse abrasado por la sed de placeres que depositaba en su pecho la ardiente mirada de su muger favorita,

Calígula se tornaba bondadoso y aún dulce, cuando una muger hermosa clavaba en él, pidiéndole compasión, sus ojos.

Y esto sin duda porque los ojos de la muger pueden tener y tienen, sobre todo cuando en ellos titila una lágrima, un poder infinito, un poder que no se explica pero que se siente.

Y la fuerza de una mirada es incalculable.

Ante ella se estrellan la virtud, la altivez, el talento, la riqueza, el orgullo, la soberbia... todo... todo.

¿Véis esa muger cuyos hermosos ojos bajo una frente serena parecen dos luceros en un cielo sin nubes? Miran con audacia, dicen amor, hablan elocuentes; su mirada es inmensa, incomprensible á veces; parece que desdeña, y sin embargo os pide un beso; quiere despreciaros, y á su pesar os llama; sin cautivar seduce, sin seducir atrae. ¡Oh! cuando los vela con sus largas pestañas, parece que entreabre, para hacerle desear, la puerta misteriosa de un paraíso de delicias. Su foco es negro, ¿serán negras sus pasiones? Su mirar es melancólico, pero su alma es fiera y soberbia: puede miraros y os mira con castidad, y sin embargo su sér es impuro. No, no la miréis cuando duerme, porque enloqueceréis; no la contempléis soñando, porque sufriréis la tortura. Esos ojos pueden redimiros, pero también condenaros: ¿no habeis visto algo de infinito á través de su pupila...?

Ante el fluido que emana de unos ojos, los más grandes tiranos se han convertido en miserables esclavos sin voluntad y sin fuerza.

Los humildes, en poderosos.

Los fuertes, en débiles.

Una mirada, ó salva ó condena, ó regenera ó degrada.

El corazón más frío, más insensible, se conmueve, se enciende al sentir el fuego de unos ojos que miran provocando amor.

Y si estos ojos son negros, siente el arrebato, el vértigo, la embriaguez.

Si azules la inspiración, el embeleso, el arrobamiento.

Porque los ojos negros quemar, abrasan, encandescen, magnetizan.

Porque los ojos azules son como el cielo; llenan el alma de poesía, conmueven dulcemente, hablan al corazón y al pecho llevan la fantasía y la esperanza.

Los ojos negros encienden la hoguera de las pasiones.

Los azules la llama de los sentimientos.

Estos fascinan suavemente, su melancolía entristece, su llanto hiere las fibras del alma.

Aquellos causan el deseo, su languidez irrita la sangre, sus lágrimas arrastran.

Los ojos negros pueden también hablar y hablan al alma, pero su lenguaje es vehemente, ardiente, apasionado, enloquecedor.

Azules eran los ojos de la Madre de Dios.

Negros los de la Magdalena.

Los de la poética flor de Galilea simbolizaban el cielo.

Los de la hermosa pecadora la tierra.

Hé aquí, pues, porque yo me esplico mi amor por el cielo y mi pasión por la tierra.

Y es que adoro lo mismo á los ojos azules que á los ojos negros.

Es que los negros me esclavizan y los azules me encadenan.

REMIGIO VEGA ARMENTERO.

LA MASCARADA.

NOVELA.

por D. José de Castro y Serrano.

I.

(Continuación.)

Pero vinieron después los pantalones y el gancho; lo primero para servir de lo que después se dirá, y lo segundo para hacer que nuestras graciosas españolas adquieran el aire marcial del rancho que prende con alfileres el pico de su levita por no mancharle de bazofia. Vinieron los pantalones, decimos; y ¿para qué vinieron los pantalones?

A vosotras nos dirigimos, hermosas jóvenes de diez y seis años, candidas é inocentes niñas que no teneis aun de vuestro sexo mas que el genérico nombre de muger; á vosotras que no participais de esas mil debilidades que acometen bien pronto á todas vuestras compañeras; á vosotras que coqueteais por imitación, que cometéis torpezas porque otras las cometéis, y que os poneis en evidencia porque en evidencia os hacen poner; á vosotras á quienes ruboriza una palabra, una acción, un furtivo movimiento de ojos, porque vuestra alma es pura y vuestros sentidos se niegan á todo lo que no es digno y decoroso: á vosotras, verdaderas vírgenes, á vosotras nos dirigimos; no queráis imitar nunca á las que gastan pantalones para cubrirse; si vuestra madre os obligase á usarlos, hacedla desistir de su propósito: ella ¡la pobre señora! cree de buena fé que con ellos vá á cubrir vuestras piernecitas, y lo que hace verdaderamente es ponerlas en evidencia. ¿Sabeis lo que son los pantalones? Mirad que os lo dice un hombre: son la concha de escayola de que cubren las torres telegráficas para que el observador atine á primera vista; son el punto blanco que aparece en la plancha del tiro de pistola; son unas trompetitas vocingleras que van diciendo «mirad.» Sí, hermosas y sencillas jóvenes, dejad caer vuestros vestidos cuando transiteis por las calles en tiempos de lluvia; dejadlos arrastrar por el fango sin consideración á la limpieza; ¿cuánto mejor es llevar á casa manchas en el vestido, que no manchas en la conciencia? Además que las manchas del traje desaparecen fácilmente.

con un poco de agua, mientras que las manchas del pudor, escuchadlo bien, hermosas niñas, las manchas del pudor no se lavan ni aun con torrentes de lágrimas.

¿Sabeis lo que sucedió á Magdalena por seguir ese coquetismo de imitacion?

Magdalena era de las señoras que se ataviaban muy de mañana los días húmedos del invierno, para llamar la atención por las calles de Madrid. Y no con la malicia de una muger perdida, sino con el afán de hacer lo que otras hacen, con el propósito de seguir la moda, con la falta de tino de una jóven que goza de cierta libertad.

La mañana que atravesó la Puerta del Sol, llevaba Magdalena un traje de sarga azul graciosamente plegado á su estrecha cintura; la mantilla española que con tan airoso garbo solia gastar, adornaba esta vez su rostro ligeramente rosado por el azote del viento; y sus bucles que ondeaban, y su camisolin bórdado que se descubria, y su preciosa mano bastante apenas á contener la arruga del traje que se alzaba, todo contribuia á que los curiosos fijasen la vista sobre aquella jóven, que al saltar de puntillas algun pequeño arroyo dejaba ver un lindo pantalon guarnecido de encajes, cuya blancura hacia resaltar el brillo de su pequeña bota de raso negra. ¿Cómo no habia de agradar al capitán?

Así lo espresó este una y cien veces delante de todos los del corro, y no tan quedo que dejase de llegar hasta los oídos de la jóven esposa. Ella procuró acelerar el paso con el fin de evitar las miradas de los ociosos; pero su presteza no fué tal que impidiese al mozo de las charreteras seguirla por la calle del Carmen, diciéndol casi al oído palabras tan lisonjeras como atrevidas.

Magdalena en aquel momento se arrepintió sin duda de su torpe paseo. Y no porque el aire del capitán le desagradase, ni porque aquellas halagüeñas palabras dejasen de producir en su ánimo cierta presuntuosa satisfaccion, sino porque temia que el osado mancebo la creyese alguna muger vulgar, dispuesta á dar las señas de su casa enseñando el camino; porque temia que los desafueros del jóven concitáran contra ella las burlonas miradas de la multitud. Magdalena tambien debió acordarse en esta ocasion de su marido: dió media vuelta precipitadamente y se entró en una guanteria. El capitán la siguió quedándose á una respetuosa distancia. Semejante accion era ya osada en demasia; por eso creyó la jóven que aquel importuno se cansaria de esperar, y comenzó á probarse guantes por docenas. El capitán sin embargo estaba de otro parecer: se propuso esperar, y esperó. Iba pasando tanto tiempo, y se habia ya probado tantos guantes, que Magdalena se decidió á dejar el almacén; pero como el de las charreteras salió tras ella con la impasibilidad del hombre que acompaña por fuerza, no quedó á la jóven otro arbitrio ¡y esto solo á una muger le ocurre; que el de dar otra vuelta tan intempestiva ó mas que la primera, y entrar de nuevo en la guanteria. ¡Inútil precaucion! El capitán arqueó las cejas, despegó los la-

bios con estrépito, y volvió á tomar posesion del quicio de la tienda, no ya como hombre que aguarda con resignacion, sino como acompañante á quien desesperan las impertinencias de su dama; y tanto fué esto así, que al ver el sufrido guantero las importunas reclamaciones que la jóven le hacia, dijo dirigiéndose al capitán:

—Su señor esposo de V. es testigo de que no vi que el guante estuviese manchado.

A lo cual Magdalena no pudo menos de ruborizarse y aun de quedar asombrada, porque el llamado esposo movió la cabeza afirmativamente, y se encojió de hombros como demandando paciencia del guantero.

El atrevimiento no podia ser mayor... y fuerza es confesarlo, tampoco carecia de gracia. Magdalena se resignó pues á sufrirlo todo, con tal de verse pronto en su casa, libre de aquella pesadilla: tomó el camino lo mas aceleradamente que pudo, y gracias á la proximidad en que se hallaba, tuvo que sufrir por poco tiempo las íntimas relaciones del capitán, que descaradamente iba haciendo las veces de marido. Al llegar á la puerta la jóven respiró con desahogo.

—¿Esas tenemos? (dijo para sí el capitán). Lo que ella queria era que pagára los guantes en la tienda y que viniese luego á acompañarla. En cuanto á lo primero, nones: por lo que hace á lo segundo, eso ya es diferente.

Calóse los guantes, suspendió la espada en su cintura y enderezó escalera arriba tras de la jóven. Un momento hacia que la puerta se habia cerrado con gran estrépito, cuando el atrevido militar hizo sonar de nuevo la campanilla. Asomóse una sirvienta al ventanillo y preguntó quién era.

(Se con tinuará.)

EL VATICINIO.

(LEYENDA HISTÓRICA.)

I.

Corria el año 1487. La lucha de gigantes comenzada en las montañas de Covadonga, tocaba á su término. La voz del alfaquí en vano se esforzaba invocando al Profeta, por alentar en aquellos supremos instantes á los hijos del desierto.

Las guzlas moriscas apagaban sus dulces notas lanzando al viento débiles gemidos, última trova de los bardos de los cármenes de Elvira que enviaban su triste despedida á la ciudad de los amores.

En aquel tiempo sitiaban los de la cruz á esa odalisca que baña sus piés en el Mediterráneo, á esa sultana que se aduerme al arrullo de las olas bajo un sol esplendente, aspirando las perfumadas brisas, á esa ciudad rodeada de jardines, á Málaga, rica joya del suelo andaluz, que tiene por valla-dar las tranquilas aguas del Mediterráneo y por centinela de sus glorias las almenas de Gibralfaro. Cerca de ella acampaba el ejército cristiano, próximo á arrancarla del poder de los isla-

mitas. Cundía el desaliento en sus defensores y desconfiando de la victoria, volvían sus ojos á los inspirados. Los santones exhortaban al pueblo á la oración y á la penitencia, prometiendo en nombre de Aláh el paraiso de las huries á los que se sacrificasen en defensa de la media-luna.

Veíase una tarde poco antes de ocultarse el sol, entre una turba de fanáticos á Abi-Addilehí, varón inspirado que, con su poderosa palabra arrastraba tras de sí á la multitud. La voz del alfaquí era escuchada con respeto, sus palabras caían sobre los creyentes como las gotas de rocío sobre las flores próximas á agostarse, sus frases llevaban el entusiasmo á aquellos ardientes espíritus, sus ojos leían en el cielo el porvenir; Aláh le enviaba al mundo para revelar á los hombres su grandeza, y para encenderles en la fé con su arrebatadora palabra.

Orad, creyentes, orad—decía el alfaquí.—Aláh es grande, él todo lo puede, él no abandona á los creyentes; hijos de Agar, vuestra ciudad será libertada, Aláh lo ha dicho, creed en él, implorad la gracia del Profeta.—El pueblo le seguía silencioso, y su inspirada voz era escuchada con recogimiento. Las sombras de la noche empezaban á extenderse sobre la tierra, el silencio reinó más tarde en la ciudad, cesaron las oraciones y el pueblo dormía, confiando en sus valientes defensores.

Favorecido por las sombras abandonó Ali-Addilehí la ciudad, encaminándose con cautela al campamento cristiano. Llegado á este, se dirigió á un elegante pabellon en el que pensaba se hallarian los reyes de Castilla. Entró en él con paso seguro acariciando entre sus manos un afilado puñal, que asestó con furia en el pecho de uno de los caballeros cristianos, que se hallaban en aquel recinto.—Aláh es grande—exclamaba lleno de ira.—Los creyentes están vengados, las huries me llaman desde el paraiso, mi venganza está satisfecha, matadme, matadme si podeis—gritaba mientras se defendía en aquella lucha desigual. Instantes despues aquel hombre se revolcaba en un lago de sangre, mientras uno de los caballeros decía á su escudero.—Espinosa, sacad de aquí á ese miserable, y mañana colgado para escarmiento de infieles.

El escudero arrastró fuera del pabellon á aquel hombre que era Abi-Addilehí el que, al saber que aquella tienda no era la de los reyes, lamentaba su funesto error y maldiciendo su destino lloraba por su pueblo. Málaga caería en poder de los cristianos, toda vez que su brazo no pudo consumir el regicidio. Al siguiente dia Abi-Addilehí era conducido al suplicio por Espinosa y los suyos, que se abrian paso entre la multitud ávida de presenciar aquel triste espectáculo. El reo sacó del pecho un pergamino que dió al escudero diciéndole:—En nombre del Profeta os mando que pongais en manos del rey Fernando este pergamino; hacedle, pues, llegar á su destino.—Espinosa le recogió, guardándole cuidadosamente en su escarcela. Momentos despues aquel fanático no existía; su cadáver era objeto de las más repugnantes manifestaciones. Espinosa puso en manos del rey el pergamino del santón.

II.

Pasaron muchos años. La grande epopeya de la reconquista habia terminado, y el pabellon de Castilla ondeaba vencedor en todas las ciudades de España.

El rey D. Fernando lloraba la pérdida de aquella esposa que tanto habia querido, de aquella reina modelo de reinas, de aquella muger virtuosa, que la historia conoce con el nombre de Isabel la Católica. El jóven rey D. Felipe, con su córte de flamencos, regia los destinos de la nacion, y Don Fernando se disponia á partir para Nápoles, deseoso de hallar en la soledad consuelo á sus pesares. Los nobles le olvidaban, é ingratos con su señor, se aliaban á los flamencos.

Dirigíase á Nápoles D. Fernando acompañado de los pocos grandes que le permanecian fieles, y al llegar á la frontera en compañía del Duque de Alba, el monarca se condolía de la conducta que con él habia observado su yerno D. Felipe. Caminaban en tan triste plática cuando el rey, fatigado por el calor y el cansancio del camino, sintió sed y buscó una fuente en donde apagarla; halláronla, aunque con gran trabajo, y cuando intentó beber, sirviéndose para ello de un sombrero, un pastor, que cerca de él se hallaba, le dió su escudilla de madera. El rey la dejó caer de las manos y sacó del seno un pergamino que dió á leer al Duque. Don Fernando dobló sus rodillas y murmuró una oración; el de Alba asombrado hizo tres veces la señal de la cruz vertiendo algunas lágrimas sobre el pergamino.

Pasados algunos instantes, el duque leyó estas palabras.

«Rey de Castilla, solo Aláh es grande, escucha la voz del Profeta. Vendrá un rey jóven de remotas tierras, y usurpará tu trono. Tus hijos y tus pueblos serán desgraciados y gemirán en la opresion de los estraños. Caerás del trono y buscarás asilo en otras tierras. Serás errante y proscrito, te abandonarán los tuyos, y al dejar á Castilla no hallarás más que á un pastor, que te dé agua en su escudilla porque todos huirán de tí. Y te olvidarán los nobles y los pueblos y serás maldito por Aláh, y privado de su paraiso.

Abi-Addilehí.»

Este pergamino era el que entregó hacia tiempo al rey el escudero Espinosa, cumpliendo la última voluntad del alfaquí. La prediccion se habia cumplido y el rey vió bien claramente la triste realidad que encerraban aquellas líneas.

Momentos despues el monarca y el favorito se separaron vertiendo copiosas lágrimas.

TOMAS ACERO.

POR UNA BOTA.

(ESPECIE DE NOVELA.)

CAPÍTULO I.

Tropezos ó Tropezones.

(Continuacion)

Pues señor, quién será? Porque él parece conocerla, y ella tambien parece que le conoce y sin embargo huye.

¿Será...? Otro tropezon me hizo perder el hilo de mis conjeturas y... fué la bota izquierda, la que me enamoraba, la que creia que no tropezaría nunca.

Miré y... la disculpé tambien; habia tropezado en una abultada cartera de tafilete encarnado, preciosa, con puntas doradas. La cogí, miré al rededor por si alguno la buscaba; nadie la reclamó y me la eché al bolsillo, dispuesto á seguir en mi pista, pero cuando miré, hombre y muger habian desaparecido.

La bota que me habia hecho conocerla con un tropezon, con otro me hacia perderla. En cambio habia encontrado una cartera, que á juzgar por el bulto, si eran billetes de banco, tenia un gran capital.

Pensando en su contenido me dirigia rápidamente á casa, cuando un «¡Valiente animal!» que pronunció una voz robusta, me detuvo.

Al mirarle, me dijo:

—A usted me dirijo. Si anduviera usted con cuidado no pisaria así á las personas.

—Caballero, ha sido sin querer; pero no creo le autorice para calificarme tan duramente.

—Pues no me retracto jamás de lo que digo, y si usted quiere alguna satisfaccion, dentro de ocho dias me tiene usted á su disposicion donde usted indique y como quiera.

—Un desafio... acepto. En el Suizo el domingo que viene, á las dos.

—Pues hasta entonces.

Seguí, no tan deprisa como antes, calculando un poco en el compromiso en que estaba.

La verdad, en el primer momento cualquiera acepta un desafio, por aquello de la negra honrilla; y luego ¿á quién no le incomoda oír llamarse animal, por un ligero pisoton? Pero cuando se piensa que se vá á derramar sangre inocente.

Horror! ¿Por qué estrenaría yo botas nuevas?

Cuando llegué á casa, arrojé las botas que en su primer estremo en tal compromiso me metieran, y las maldije, más al sacar la cartera pensando en su contenido, casi las levanté la maldicion.

Pues señor, me he lucido, pensaba. Por un lado un desafio, por otro una cartera y por otra parte aquella muger de ojos azules y vestido negro... y qué bonitas botas llevaba!

Tambien las mias se han portado, para la primera vez. Tres tropezones en menos de una hora: veamos la cartera.

La abrí con cuidado, rebusqué por todos los

lados, y... eran unas hojas manuscritas, con unas cuantas cartas dirigidas á un don Fulano de Tal.

La arrojé lejos de mí; pero luego la curiosidad me hizo leerlas. Decian lo que verá el lector en el

CAPÍTULO II.

Una historia.

«Yo era feliz.

Tenia veinte años, veinte mil reales de sueldo y veinte millones de rs. en lontananza. ¡ojó! veinte millones.

La interesante María Luisa de Quiñones era mi novia.

Su papá me admitia en la casa como amigo de confianza y hacia la vista gorda á mis amorosos requiebros.

Nos queríamos con todo el fuego de los primeros amores, y nuestros lábios habian conjugado el verbo amar en todos los términos.

Don Pedro, mi futuro papá, era un señor, ó al menos lo parecía; viudo, ex-capitan de buque.... negrero segun malas lenguas: habia venido á Madrid á pasar el resto de sus dias, cuidando á su hija única y bebiendo rom.

Este era su capital, defecto, unido á un génio brusco é imperativo hijo de sus costumbres de á bordo y una exactitud suma, que constituía ya una manía; tal era el grado á que la llevaba el ex-capitan.

Nuestros amores iban viento en popa; llegó el caso de formar proyectos para ingresar en la cofradía de S. Márcos, y una noche en que la luna brillaba pálida, y el ambiente era embriagador, y.... en fin, que respirábamos amor por todos cuatro costados, sentados en las sillas del Retiro y escuchando los sentimentales acordes de la orquesta de Monasterio, me dijo María:

—Mira, es necesario que nos casemos.

No era la primera vez que lo decia, pero nunca lo habia hecho con el tono de entonces; yo acariciaba tal idea con ilusion.

Soy suscriptor perpétuo de *los cuentos del salon* y el matrimonio no ofrece para mi los riesgos que Sepúlveda y Serra nos presentan en su célebre pleito de *El Matrimonio*.

Además, en esta ocasion, todas las probabilidades estaban en mi favor.

María era hermosa como la que más; me quería con todo el fuego de los trópicos (era de la Habana), tenia una brillante educación y... veinte millones de dote. A millon por año.

Como se puede comprender todo era á incitarme á dar el gran paso.

Un defecto tan solo tenia mi futura, el génio dominante del papá; pequeño obstáculo, por que soy complaciente por naturaleza.

Con tales antecedentes mi propuesta no era de dudar.

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

(Se continuará).

Plumadas.

Advertimos á los que nos favorecen, remitiéndonos originales, que la redaccion no devuelve ninguno, por los muchos trabajos que tenemos y por no entorpecer la marcha establecida.

ESCUCHA.

Alma del alma mia; luz de mis ojos,
sultana á quien adoro siempre de hinojos,
flor reina de las flores de la pradera
la que tiene muy rubia la cabellera,
la de los lábios rojos como la grana
pura como el rocío de la mañana,
la de azulados ojos y lindo ceño
sabe que... no concluyo, me rinde el sueño.

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

La muger de un molinero se cayó al río.

—El marido así que lo supo, echó un cigarro, encendió un fósforo, dió una chupada y se marchó río arriba.—¡Eh! ¡molinero! le gritó uno: ¿quiere V. salvar á su muger?—Pues no he de querer, hombre!—Pues búsquela V. río abajo, que el agua ha de llevarla en esa direccion.—¿Río abajo? ¡Quia! Mi muger tenia un génio de mil demonios y solo por llevar la contraria al agua se habrá ido por el río arriba.

En Alicante se han establecido baños que tienen una muestra que dice así; *Baños á real para señoras de fondo de madera.* Algunas personas se acercaron al dueño y le observaron que decia un disparate. El marinero reflexionó maduramente y modificó la redaccion, poniendo: *Baños de madera para señoras de á real.*

Decia á cierto empresario—de teatros, hombre agudo,—un cantante estrafalario—que andaba casi desnudo:—Es mi voz tan exquisita,—que hago de ella cuanto quiero.—Pues hombre exclamó el primero;—hágase usted una levita.

La gimnasia es un ejercicio que alarga la vida, decia cierto aficionado.—Y sin embargo, le argüian, nuestros antepasados no la necesitaban para vivir más que nosotros.—Pero miren ustedes como todos han muerto, replicó el primero.

El cesante N. tenia solo un pantalon que habia dado á la lavandera, quedándose en la cama.—Necesito salir de casa, decia el buen hombre, y de buena gana iria por el pantalon. Pero ¡qué diantre, para ir por él necesitaba tenerlo puesto.

—**¡He visto al diablo! ¡He visto al diablo!** decia un hombre huyendo.—¿Cómo habeis visto al diablo?—En figura de borrico.—¡Bah! Habeis tenido miedo de vuestra sombra.

CHARADA.

De Aragon es un pueblo
dos y *primera*,
y el nombre de una Santa
la *dos* con *tercia*;
cosa es muy clara
el *todo*, que es el nombre
de mi adorada.

(La solucion en el próximo número.)

FUGA DE CONSONANTES.

.e=.i..a.é=e.=u.=a..a.
.a=.ue.a=.e.=a=e.i.e..ia
.e.a.=.a.e.=.e.i.e..ia
y=.ue.o=.ue..a=á=e.e.a.

A.O. .E A..O.A.O.

(La solucion en el próximo número.)

ACERTIJO.

Si á *Rey* le quitas la *e*
y le pones una *a*,
con el mundo acabará
este nombre que yo sé.

Soluciones al número anterior.

CHARADA.—CARIÑO.
LOGOGRIFO.—CALDERON.

FUGA DE VOCALES.

LA CIENCIA DE LA VIDA.

Amargando tu existencia
de tu corazon en daño,
ya te enseñará esa ciencia
el libro de la esperiencia,
página del desengaño.

EULOGIO FLORENTINO SANZ.

SALTO DE CABALLO.

Yo creo que no me engañas,
tu crees que no te engaño;
desengañémonos, niña,
que vivimos engañados.

Las remitieron las tres, D. Antonio Agustina,
D. Angel Brabo, D. Venancio Casado Conde y don
Cesáreo Somoza.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estereo-galvanoplastia
DE GAVIRIA Y ZAPATERO.

ANGUSTIAS, 1.